

**ALFONSO TORRES CARRILLO
JUAN CARLOS TORRES AZOCAR***

**SUBJETIVIDAD Y SUJETOS SOCIALES
EN LA OBRA DE HUGO ZEMELMAN**

El momento actual de América Latina pasa por nuestra voluntad para reivindicarnos en la condición de actores de su historia. La pregunta acerca de si hay opciones al curso actual de su desarrollo no tiene respuesta si no se basa en la capacidad para ahondar en sus realidades ocultas, de manera que hay que volcar la fuerza que de allí resulta en nuevas voluntades sociales para acechar su futuro por rumbos desconocidos; por sobre el orden y la conformidad, la ruptura y la conciencia de lo nuevo. He ahí el desafío.

Hugo Zemelman

EL PROBLEMA.

Una de las preocupaciones centrales de las ciencias sociales ha sido la referida a la relación entre estructuras sociales y acción colectiva, entre condiciones objetivas de existencia y procesos subjetivos, entre circunstancias y actores sociales. Hasta hace unas dos décadas esta tensión se resolvió de manera casi exclusiva en el polo de la objetividad, de la racionalidad explicativa que orientó los grandes relatos producidos por enfoques y teorías sociales como las distintas versiones del estructuralismo, el funcionalismo y los marxismos de corte determinista que dieron prioridad a los factores objetivos de los procesos sociales, en detrimento de la dimensión subjetiva y de los actores sociales.

Este edipsamiento del sujeto en el análisis histórico y social clásico, ha venido siendo cuestionado recientemente por nuevos discursos y teorías sociales, generadores de perspectivas epistemológicas y propuestas metodológicas que reivindican el polo subjetivo de los procesos sociales y de la acción colectiva. Frente a las tendencias objetivistas y deterministas, las nuevas perspectivas destacan el papel activo de la subjetividad y de los sujetos tanto en los procesos de construcción de conocimiento, como en la dinámica histórica y en la misma

* Profesores Departamento de Ciencias Sociales. Universidad Pedagógica Nacional.

construcción de la realidad social¹. Autores como el historiador E. P. Thompson, los sociólogos Alain Touraine y Pierre Bourdieu y los investigadores sociales Jesús Ibáñez y Hugo Zemelman, entre otros, han hecho importantes aportes acerca de esta tensión entre procesos objetivos y subjetivos constituyentes de lo social, cuyo desarrollo desborda el cometido de este artículo².

Con ocasión de la reciente visita del profesor Zemelman a la Universidad Pedagógica Nacional y dado el escaso conocimiento de su obra en el medio académico colombiano, hemos considerado pertinente poner en discusión sus novedosos planteamientos con respecto a la temática señalada, los cuales sólo pueden comprenderse en el contexto de su vasta obra epistemológica y metodológica³. Y es que para este investigador chileno, subjetividad y sujetos sociales son mucho más que un nuevo contenido o una cuestión teórica o metodológica de las ciencias sociales; a su juicio, es una problemática que está en el centro mismo de la historicidad de lo social y en todo esfuerzo de conocimiento crítico de ello.

Al concebir la sociedad como una construcción abierta, compleja, cambiante e indeterminada, en la que coexisten diversos planos espaciales y temporales, para Zemelman, la articulación entre lo dado y lo posible, entre memoria y futuro, entre historia y política sólo es comprensible desde la perspectiva de la subjetividad y los sujetos sociales, en cuanto conforman un horizonte en el que confluyen los diferentes planos de la realidad social.

LA PERSPECTIVA EPISTEMOLÓGICA

La obra de Zemelman se ubica en lo que algunos autores han llamado “perspectivas de borde” y otros “razonamientos de umbral” para referirse a formas de conocimiento social que resultan de búsquedas en espacios diferentes y con modalidades distintas, posibilitando el ascenso a otras racionalidades culturales y con ello, a otras formas de insertar la creatividad del hombre en la infratextura de su contexto. Se trata de perspectivas que, además de dar cuenta de la interrelación de diferentes campos de conocimiento, constituyen en sí mismas nuevas lecturas sobre la realidad.

Para Emma León (1995: 56) estas formas de razonamiento conducen a dos aspectos considerados cruciales: “Por un lado, encontrar nuevas facetas a los contenidos producidos y acumulados en esferas particulares del conocimiento, lo que implica ubicar

¹ En 1994 se dieron cita en Buenos Aires, algunos de los científicos y filósofos que reivindican esta perspectiva en el Seminario “Nuevos paradigmas: cultura y subjetividad” cuyas memorias fueron publicadas por Paidós en un libro del mismo nombre.

² THOMPSON E.P. Tradición, revuelta popular y conciencia de clase (Crítica, Barcelona, 1984) y La miseria de la teoría (Crítica, Barcelona, 1985); TOURAINE Alain. El retorno del actor (Eudeba, Buenos Aires, 1986), Crítica de la Modernidad (Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1993), Podremos vivir juntos (FCE, México, 1997); BOURDIEU Pierre, El oficio del sociólogo (Siglo XXI, México, 1975), Sociología y cultura (Grijalbo, México, 1990); IBÁÑEZ Jesús. Del algoritmo al sujeto (Siglo XXI, Madrid, 1985), El regreso del sujeto (Siglo XXI, Madrid, 1996); ZEMELMAN Hugo. Conocimiento y sujetos sociales (El Colegio de México, México, 1987), Los umbrales de la subjetividad (Anthropos, Barcelona, 1997), Sujeto: existencia y potencia (Anthropos, Barcelona, 1998)

³ Ver bibliografía al final del artículo.

tales contenidos más allá de los márgenes decantados por las teorías establecidas; por otro lado, y en relación estrecha con lo anterior, el operar fuera de estos márgenes les permite enfrentarse con la necesidad de abordar nuevas realidades, y por tanto, con el imperativo de construir conocimientos que respondan a ámbitos de sentido diferentes a los ya definidos”.

El desafío para Zemelman, es “poder aproximarse a la construcción de una estrategia que articule la acumulación científica con su misma problematización rigurosa, que salga siempre de la premisa de que lo dado conceptualmente es solamente un punto de partida; en consecuencia, tenemos que saber situarnos en el umbral que deslinda aquello que está acabado, de lo desconocido como esperanza para el devenir” (1995: 8). En este sentido se trata de una aventura por recuperar esta exigencia de horizonte perdida bajo las sombras de las grandes teorizaciones con las que el hombre busca apropiarse el mundo, que en la medida que no se agota en una experiencia estrictamente cognitiva, obliga a ubicarnos en los contornos de manera que podamos reconocer lo necesario de las rupturas por las que ha atravesado el hombre a lo largo de su historia.

“Lo anterior obliga abordar la historia del hombre como la historia de su razón: su empeño por construirse como sujeto buscador de contornos, transgresor de límites para alcanzar espacios de conciencia y de experiencia más vastos para apropiarse de horizontes nuevos. Y en esta dirección constatar cómo ha tropezado con muros y abierto puertas para reconocer, desde esos umbrales descubiertos, el espacio de lo establecido y aquello que permanece a su espera. Porque siempre el hombre ha sabido estar en el límite que desafía cualquier orden de lo real”. (1992: 8)

Este plano epistemológico se puede sintetizar “en la tensión entre cierre y apertura, entre conformidad con lo dado y necesidad de realidad; entre predominio de una modalidad particular de racionalidad y pluralidad de racionalidades; entre conocimiento codificado y la transformación del conocimiento en conciencia y voluntad histórica; entre ocultamiento del movimiento de la realidad y procesos constituyentes. Todo lo cual plantea la cuestión del límite entre formas de pensar y mecanismos de apropiación de la realidad, en cuanto éstos pueden asumir modalidades estrictamente cognitivas, o bien ser de un carácter gnoseológico más amplio” (1992: 8)

Susana Luminato (1995: 30-31) plantea esta perspectiva como un traslado de óptica: del plano ontológico-histórico al plano epistemológico; entendido este último como una lógica de razonamiento debidamente afinada que permita sustituir a la normatividad formal de las reglas metodológicas que comúnmente son empleadas para abordar el conocimiento sociohistórico. “El uso de esta “lógica” pretende llegar al conocimiento a través de una relación que el investigador construye con la realidad que aborda, con miras a descubrir nuevos ámbitos de realidad. Así, lo “epistemológico” no es más que una exigencia fundamental para establecer una relación de conocimiento con la realidad desde lo desconocido, es decir, desde lo gnoseológico; o sea, desde lo por-construir, desde lo desconocido-de-lo-conocido. Ámbitos éstos apropiables por el investigador en

función de una ruptura-apertura de lo conocido con el fin de potenciar lo no-conocido y reactivar la transformación de la realidad abordada”.

Y agrega a continuación: “Si vamos a entender por “racionalidad sociohistórica” el cúmulo de supuestos, teorías, formas de entendimiento (creencias, pensamientos, estrategias de acción) que caracteriza y da fundamento a la vida social, por “racionalidad epistémica” entenderemos el potente esfuerzo crítico del razonamiento capaz de lograr los siguientes productos: en primer lugar, reconocer los determinismos históricos y valóricos en los que está inmerso el mismo investigador así como su objeto de estudio y, en segundo lugar, proponer un rebasamiento de los límites de la racionalidad existente. Este rebasamiento crítico condicionará un crecimiento tanto del pensar como del contexto cultural problematizado, lo cual obligará a la transformación de la realidad establecida”.

En lo que hemos expuesto hasta aquí se puede apreciar el talante crítico de la propuesta epistemológica de Zemelman. Por un lado, porque toma distancia frente a otras “formas de abordar la realidad”, formas tradicionales cristalizadas que han ejercido un amplio predominio en el mundo académico durante gran parte del siglo XX, las cuales sin embargo, han venido demostrando un agotamiento teórico no sólo por centrarse en un cuerpo de conceptos con contenidos y relaciones específicos y definidos de una vez; si no también porque derivan de un “pensamiento cerrado”, en tanto no se abren a lo posible, a lo incierto, cerrando con ello, la posibilidad de articular “conocimiento y futuro”. Por otro lado, y como consecuencia de la posición anterior, porque busca propiciar la formación de un pensamiento abierto y problematizador - antes que teórico - con el objeto de “descubrir el futuro en lo real de hoy”; para ello, asume como criterio fundamental que la función del conocimiento debe consistir en “enseñar cómo construir la historia”. Así, el vínculo que se establece entre conocimiento y política permite explicar la unidad de conocimiento e historia.

Estos planteamientos, que evocan conocidos postulados marxistas, han significado un esfuerzo intelectual serio en el propósito de redimensionar los dilemas y las relaciones que tal paradigma había marcado, radicalizando precisamente la posición epistemológica. En este sentido, la “conciencia histórica” no es entendida como predeterminación de fines, del desarrollo o del progreso, sino como una forma de razonamiento inmersa en la historia, dialogando, con su propia dinámica. Porque para Zemelman la historia no tiene una única dirección sino que ésta es asumida como una realidad compleja, indeterminada y abierta en múltiples direcciones. La realidad, entonces, es histórica porque ella es “un campo de acciones alternativas capaces de crear realidades”. De esta manera, la forma de razonamiento, la cuestión “desde dónde leer” (razonar) puede ser abordada desde la perspectiva de los sujetos sociales que tienen posibilidad de crear historia. Por tratarse de fuerzas sociales que tienen vocación de poder, tienen también visión de futuro; es decir, son sujetos sociales que construyen historia, no “sujetos históricos” que encarnan socialmente, en una clase o en otra relación predeterminada política o ideológicamente.

Según Zemelman, para avanzar en la dirección de una formación más amplia del sujeto, que permita el distanciamiento de su contexto, se requiere colocar en la base del proceso de construcción del conocimiento (y de la formación del sujeto) una subjetividad que se considere en su naturaleza constituyente. Ella es la que permitiría, en última instancia, cuestionar los límites de lo cognitivo desde una pluralidad de lenguajes que son los exigidos para distanciarse de los constructos. En este sentido, el rescate de un juego de lenguajes para dar cuenta de una necesidad gnoseológica más amplia, exigida por lo indeterminado, se corresponde con la exigencia de un protagonismo del sujeto que no es sino el reflejo de que la realidad socio-histórica se construye. De manera que a las exigencias epistemológicas se conjugan otras de carácter ético (1992: 48).

Este sujeto fundador y activo que se busca “puede romper con lo evidente porque anima las formas del lenguaje. Es el que resiste la inercia y el que atraviesa hacia lo inédito en la búsqueda de nuevas significaciones, y que, por lo mismo, necesita de un lenguaje abierto a lo nuevo. Es el lenguaje de la mente utópica cuyo contenido es la incorporación de lo constituyente, en vez de quedarse atrapado en lo ya producido. El sujeto cuyo movimiento interno está inspirado por la conciencia del darse incesante del mundo” (1992: 49). En este proceso de construcción de subjetividad, se plantea que el desafío “consiste en recuperar la historia a través de una objetivación del sujeto con base en la ampliación de la conciencia de su historicidad y de su colocación desde lo utópico, para escapar de los bloqueos que siempre impone el poder. Esto es, procurar transformar la historia en conciencia trascendental, y a la conciencia en necesidad de prácticas” (1992: 52-53).

Para Zemelman, se pretende “recuperar el pensamiento del hombre desde su misma aventura, rompiendo con todo lo sólido que nos proporciona la memoria sobre lo que se ha acumulado para volver más atrás, hasta sus raíces. Y así descubrir cómo la historia oculta los desafíos bloqueando nuestra mirada y mutilando nuestra imaginación, arrojándonos con el manto de la inercia. Recuperación de esta aventura que obliga a trascender la realidad objetual-dada en una exigencia de horizonte que encarna el desafío de asumir la voluntad de construir y a la vez de estar en la historia para forjar los ámbitos de sentido en cuyos cauces hay que ver las conductas y las experiencias, en forma de responder al desafío de cómo el hombre transforma su época en experiencia”. (1998: 7)

Lo anterior exige elaborar formas de razonamiento que nos ayuden a colocarnos ante la historia para poder responder ante la exigencia de construir el futuro. Por ello, la construcción del conocimiento tiene que considerar las particularidades de la realidad que son susceptibles de activarse, pero también aquellas dimensiones del sujeto que responden a la necesidad de actuar sobre el contexto. De ahí que haya que recuperar la idea del pensar histórico como algo más que un esfuerzo de explicación” (1995: 13)

La lógica que subyace a esta posición es la consideración de que los desafíos de la realidad traspasan los límites de la pura comprensión para ubicarse en el

marco de las transformaciones necesarias, pero que son a la vez posibles de impulsarse. “Es por esto que el conocimiento social tiene que reconocer forzosamente dos pilares: el de los sujetos sociales y el del campo de la realidad en el que pueden desplazar sus capacidades de acción y re-actuación. Ambos planos plantean que el conocimiento acabado es aquel que puede dar cuenta de la misma potencialidad de transformación de los sujetos, o bien el que es capaz de leer la historia, no solamente como un proceso sometido a regularidades, sino además, como un campo de emergencia de objetos que sirvan de apoyo a la capacidad de acción del hombre: esto es, la posibilidad de transformar la historia en política” (1995: 13)

El desarrollo de esta argumentación lleva a rescatar al sujeto en toda su complejidad de experiencias y de mundos que convergen en su subjetividad, su “mundo de vida”; así como también salva el sentido que toma la historia como experiencia. Los desafíos que implica relevar la multidimensionalidad que reviste el esfuerzo del hombre por construir su realidad suponen la coexistencia de “discursos” que conforman la capacidad del hombre para ser hombre de historia. Por eso mismo, el conocimiento social tiene que incorporarse básicamente más allá de sus especializaciones en dos ámbitos fundantes: la constitución de la subjetividad social y la articulación de formas discursivas constructoras de relaciones de conocimientos diferentes –aunque complementarias- que busquen una apropiación más inclusiva de la realidad, en cuanto ésta implique la construcción de sentidos (1995: 13-14)

De lo que se trata es de recuperar la idea de que la visión integrada de la realidad se manifiesta en una visión trascendente de la vida diaria que orienta a los hombres para poder moverse de acuerdo con proyectos de vida, individuales o compartidos, según los cuales se impulsan las prácticas sociales que construyen la realidad histórica. Es lo que Zemelman entiende por conciencia histórica de lo cotidiano. (1996:80-81)

La subjetividad social como problema de conocimiento.

Si consideramos que la realidad social es una articulación entre lo determinado y lo indeterminado, entre lo producido y lo producente, podremos comprender la importancia que tiene la subjetividad para las ciencias sociales. Pues es precisamente en la subjetividad y en los sujetos donde confluyen y se reelaboran tanto los factores estructurantes de la vida social - sean estos económicos, políticos, sociales o culturales -, como los procesos constructivos de la vida social; es a través de ellos que se articulan y que podemos comprender las dinámicas reproductivas y productivas de la sociedad, ya que ellos son el espacio donde se desenvuelve la dialéctica de lo dado y lo dándose, del pasado/presente, del presente/futuro y de lo micro y lo macro social, lo cual intentaremos desarrollar a continuación.

En primer lugar, es necesario explicitar que para Zemelman la subjetividad social (individual y colectiva) es el plano de la realidad social donde se articulan dimensiones como la memoria, la cultura, la conciencia, la voluntad y la utopía, las

cuales expresan la apropiación de la historicidad social a la vez que le confieren sentido y animan su potencialidad. "Toda práctica social conecta pasado y futuro en su concreción presente, ya que siempre se mostrará una doble subjetividad: como reconstrucción del pasado (memoria) y como apropiación del futuro, dependiendo la constitución del sujeto de la articulación de ambas" (1996: 116).

No hay plano ni momento de la realidad social que pueda pensarse sin subjetividad. Está presente en todas las dinámicas sociales y en todos sus ámbitos: tanto en la vida cotidiana y los espacios microsociales como en las realidades macrosociales. Dado su carácter estructurado y estructurante, la subjetividad "no puede entenderse como un campo definido en términos de sus manifestaciones, ya sean conductuales, de expectativas o perceptivas, sino de modo más profundo, desde su misma dinámica constitutiva y constituyente: ello nos remite a campos de realidad más amplios" (1996: 104).

Dicha manera de entender la subjetividad es coincidente con reflexiones contemporáneas como la de Felix Guattari, quien la define como "el conjunto de condiciones por las que instancias individuales y/o colectivas son capaces de emerger como territorio existencial *sui referencial*, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad a su vez, subjetiva" (Guattari, 1996: 20). El concepto de subjetividad involucra "al conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo consciente e inconscientemente, materiales, intelectuales, afectivos o eróticos" en torno a los cuales se configuran las identidades, modos de ser y cambios colectivos (Calvillo y Favela, 1995: 270).

Desde estas perspectivas, la subjetividad va más allá de los condicionantes de la producción económica y de los sistemas políticos y toca lo personal, lo social y lo cultural. La subjetividad por lo tanto no se agota en lo racional ni en lo ideológico como enfatizaron las teorías clásicas; si no que se despliega en el amplio universo de la cultura, entendida como un conjunto de representaciones simbólicas, de valores, opiniones y actitudes, generalmente fragmentarias y heterogéneas.

La relación de la subjetividad colectiva con las dimensiones profundas de la vida social y con las temporalidades de larga duración, no significa que sea una entidad estática, pues mediante la interacción y los conflictos sociales, se construye en el tiempo y en el espacio, condicionando las prácticas sociales a la vez que es condicionada por ellas. Como fenómeno sociocultural complejo y dinámico, la subjetividad es singular e histórica; se hace y se deshace; puede ser transitoria o permanecer a lo largo del tiempo; por ello no está sometida a una evolución progresiva o a una dirección única.

Tal carácter relacional y dinámico de la subjetividad social, exige para su reconocimiento ir más allá de la descripción minuciosa de los rasgos externos en que se manifiesta. Así, la subjetividad es simultáneamente constituyente del proceso social y constituida por él; es producto y a su vez produce y refuerza discursos y acciones; se teje en la historia, dentro del marco de las estructuras (espaciales, económicas, sociales), pero es en el caldero de las experiencias y las

luchas de los grupos sociales, vividas desde su cotidianeidad, donde es realmente asumida.

Para Zemelman, la subjetividad, “siempre que no se aborde con criterios reduccionistas, representa una situación de confluencia de planos de realidad en que se puede rastrear cómo desembocan los microprocesos (por ejemplo de índole psicológica) así como la apertura hacia ámbitos sociohistóricos que se caracterizan por ser inclusivos de otros planos que pueden constituir el contexto particular del sujeto concreto que interese estudiar”. (1996: 99)

Al respecto, vale la pena destacar la distinción hecha por Chanquía (1994: 42), a partir de su lectura de Zemelman, entre subjetividad estructurada y subjetividad emergente o constituyente; mientras la primera involucra los procesos subjetivos de apropiación de la realidad dada, la segunda abarca las representaciones y otras elaboraciones cognoscitivas portadoras de lo nuevo, de lo inédito; ésta debe definirse contra aquella subjetividad estructural y, en algunas ocasiones, fuera: pues ámbitos de la realidad silenciados con anterioridad, adquieren significación - es decir existencia para el sujeto - en el proceso de su constitución.

Precisamente, es rechazando y/o resignificando representaciones de esa subjetividad estructural dada como se constituyen los sujetos; esto es, reformulando sus relaciones significativas con lo real. Y es que Zemelman nos aporta una serie de claves interpretativas para comprender como los individuos y los grupos sociales “por medio de prácticas materiales y simbólicas adquieren una subjetividad colectiva desde la cual realizan su propia construcción de la realidad” (Chanquía, 1994: 42) a la vez que se constituyen como sujetos sociales.

La construcción de sujetos sociales.

Para Zemelman, la problemática de los sujetos sociales ha sido uno de los “agujeros negros” de las ciencias sociales, pues no han sido suficientemente abordados, o cuando lo han intentado, éstas se han quedado cortas en reconocer su complejidad y profundidad. En este asunto subyacen cuestiones de fondo que aluden a lo que se oculta a veces en los grandes debates; uno de estos es el referido al rescate del sujeto en oposición a las posturas que lo eliminan del debate en las ciencias sociales y también del devenir actual.

Desde su perspectiva, la reivindicación del sujeto en el debate contemporáneo tiene connotaciones epistemológicas y políticas; en cuanto a lo primero, “la importancia del tema de los sujetos estriba en que constituyen un esfuerzo significativo para alcanzar una mejor captación de la realidad histórica, en tanto conforma un horizonte que articula diferentes planos de lo social” (1996: 97). En cuanto a las exigencias políticas, el rescate del sujeto resulta aún más necesario, dado que los poderes que regulan el orden mundial actual hacen todo lo posible por minimizarlo o anularlo, por quitar a los individuos y colectivos la posibilidad de pensar por sí mismos sus posibilidades de desenvolvimiento, condenándolos a un

eterno presente, a un discurso único y a un conformismo que elimina todo horizonte utópico alternativo al orden imperante.

Zemelman advierte sobre estas lógicas que pretenden homogeneizar la vida social negando o anulando al sujeto cuando plantea que "... el blanco real de esta arremetida es el individuo como sujeto; lograr su desame, anular su capacidad protagónica, someterlo mediante la persuasión de que cualquier actitud crítica, desde que rompe con los cánones aceptables de lo que se entiende por cientificidad, no puede sostenerse porque escapa a lo real y al sentido mismo de la historia. La forma de pensar tiene que responder al desafío social tal como ha sido definido, pues difícilmente tienen credibilidad las formas de pensar que contribuyan a reconocer desafíos que sean otros que los impuestos por el discurso del poder. La recuperación del sujeto, por consiguiente, significa recuperar el sentido de que la historia continúa siendo el gran e inevitable designio del hombre, lo que le confiere su identidad como actor concreto, porque constituye el contenido de su propia vida. La historia en el sujeto es el momento como parte de la necesidad de futuro, necesidad que no es sino el momento vivido conforme a la apetencia de valores que trascienden el momento". (1995:12)

Desde otra perspectiva, aunque coincidente en los propósitos de resignificar la subjetividad en la reflexión social contemporánea, Alain Touraine en su *Crítica de la Modernidad* plantea "la emergencia del sujeto humano como libertad y como creación" y reivindica "la subjetivación como un movimiento cultural con los mismos derechos que la racionalización". Para él la modernidad se constituye del diálogo entre dos caras vueltas la una hacia la otra: la racionalización y la subjetivación. "Los que quieren identificar la modernidad con la sola racionalización sólo hablan del sujeto para reducirlo a la razón misma y para imponer la despersonalización, el sacrificio de sí y la identificación con el orden impersonal de la naturaleza o la historia. El mundo moderno, por el contrario, está cada vez más lleno de la referencia a un Sujeto que es libertad, es decir, que plantea como principio del bien el control que el individuo ejerce sobre sus acciones y su situación, y que le permite concebir y sentir sus comportamientos como componentes de su historia personal de vida, concebirse a sí mismo como actor. *El Sujeto es la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor*". (1993: 267). El sujeto, por tanto, es a la vez histórico y personal.

Hechas estas precisiones, detengámonos en algunas consideraciones acerca de la categoría de Sujeto Social. En primer lugar, su diferencia con la categoría de "sujeto histórico" propia de los metarelatos teleológicos del cambio social, concebido "en términos de un actor genérico homogéneo determinado objetivamente, llamado a construir una única realidad y desde una única subjetividad" (Chanquía, 1994: 42). El concepto de sujeto social, por el contrario, involucra diferentes instancias constitutivas y supone diversidad de universos simbólicos y, con ello, múltiples construcciones posibles de realidad.

Como lo hemos señalado antes, la conformación de subjetividad social no sólo se ha dado en los términos de clase social; pues en diversas épocas y especialmente

en la actual - como lo han puesto en evidencia los llamados nuevos movimientos sociales - se han conformado actores sociales en torno a otras dimensiones como lo local, lo étnico, el género o la cuestión generacional.

Así mismo, los procesos de reconocimiento y representación intersubjetiva no se han dado sólo por la vía de la conciencia y la razón ilustrada, sino a través de las más diversas mediaciones y expresiones culturales simbólicas no discursivas como los imaginarios colectivos, las representaciones sociales, las creencias, los mitos y las fantasías; adarando que estas dinámicas no son sólo resultado del proceso de conformación de los sujetos sino componentes permanentes del mismo.

Es en este cruce, siempre conflictivo, entre condiciones fácticas y expresiones simbólicas, entre prácticas sociales y formas de conciencia, donde se constituyen los sujetos. Estos se forman tanto en el plano de las situaciones materiales como en el de la cultura, porque ambas son dimensiones de una misma realidad (Romero, 1990: 272). Reconocida la unicidad de la vida social, su dialéctica entre objetivación y subjetivación, se infiere que ninguna de estas dos dimensiones es totalmente autónoma, pero tampoco está determinada "a priori" por la otra. En cada circunstancia histórica, será necesario indagar cuál es el factor o factores constituyentes y determinantes de la conformación de una subjetividad colectiva. En palabras de Chanquía (1994: 42), la determinación recíproca y dinámica entre una objetividad social que produce un grupo humano (a través de la imposición de determinadas relaciones y representaciones de los mismos) y la praxis material y simbólica de éste en su reactuación sobre el objeto".

Aunque en un sujeto social se condensan las prácticas y relaciones sociales del entorno en que emerge, éste, desde su praxis, no solo reproduce lo dado si no que es capaz de producir nuevas prácticas y nuevas relaciones; es decir, puede construir realidad conforme sus intereses e intencionalidades. La comprensión del hombre no se puede reducir al plano de sus determinaciones estructurales (por ejemplo, al campo de las relaciones de producción) pues el hombre es también conciencia, lo cual nos enfrenta al problema de los diferentes planos en que actúa el hombre como sujeto. Por ello nos dice Zemelman "el hombre como conciencia remite a la idea de sujeto actuante en momentos concretos del devenir histórico. La conciencia como visión del propio ser social y de sus horizontes de acciones posibles transforma al hombre histórico en sujeto... La voluntad de acción encarna una subjetividad en proceso de ampliación conforme se enriquece la capacidad de apropiación de lo real, y, por lo mismo, se produce una ampliación de la propia conciencia del sujeto" (1996: 62-63)

Las coordenadas de la constitución de identidad colectiva.

Zemelman ha construido una sugerente propuesta metodológica para estudiar la dinámica de la constitución de la subjetividad y de los sujetos sociales (1990, 1992 y 1995, 1996 y 1997), la cual busca aportar elementos para responder a la pregunta sobre cómo se dan en un ámbito específico esas relaciones entre lo estructural y lo cultural, entre condiciones de vida material y subjetividad. De igual manera, para

responder a la pregunta sobre cuáles mediaciones particulares intervienen en el proceso de formación de identidades sociales.

En este modelo analítico el análisis es más histórico que estructural, pues su interés es reconocer los factores, prácticas y mediaciones que estructuran los procesos de constitución de los sujetos sociales y aquellos desde los cuales éstos producen la realidad sociohistórica: "El esfuerzo por rescatar el papel del hombre-sujeto consciente en el desenvolvimiento de la sociedad no puede desgajarse del esfuerzo por entender a ésta en movimiento. Al hombre sólo se le rescata como sujeto actuante y protagonista cuando está inmerso en el curso general de los acontecimientos; por lo que es necesario desarrollar una metodología que destaque los procesos microsociales de constitución, donde la acción de los hombres es esencial, sobre lo que está cristalizado en la historia" (1996: 73)

La construcción de sujetos sociales es un proceso que involucra varios niveles de la práctica social, distintos ritmos temporales y varias escales espaciales; en él se dan cita diversas lógicas y tipos diferentes de relaciones sociales, siendo las representaciones que los sujetos tienen de todo el proceso y de sí mismos, fundamentales: "Cuando hablamos de constitución de un sujeto, se trata de dar un vasto y complejo proceso de producción de experiencias que no pueden estar de antemano delimitadas con precisión. Se trata de especificar dinanismos socioculturales que se expresan en coyunturas particulares y en ámbitos de relación determinados y que cubren una variedad de dimensiones tanto del sujeto como de la realidad" (1995: 14).

Por ello, comprender la constitución de sujetos sociales desde esta perspectiva implica no privilegiar "a priori" la interpretación desde lo subjetivo ni la explicación desde lo objetivo. Como hemos aclarado anteriormente, se plantea la exigencia de pensar la realidad y los sujetos no sólo como producto sociohistórico sino fundamentalmente como procesos de construcción actual, en una dialéctica de lo dado y lo dándose, del presente y el futuro.

Este proceso histórico "constitutivo de la subjetividad" supone la confluencia de la memoria, la práctica social, el pensamiento utópico y las representaciones sociales que producen los sujetos desde su conciencia y su cultura. Los sujetos son a la vez producto histórico y productores de la historia. De donde se deduce que en los sujetos hay una doble realidad: la que es aprehensible conceptualmente (condiciones estructurales, formas organizativas, patrones de comportamiento, actividades) y otra que no es aprehensible con la misma lógica (experiencia, memoria, conciencia, mitos).

El desafío consiste entonces, en encontrar un concepto de subjetividad constituyente que no se reduzca a las variables psicológicas, como tampoco que se resuelva como simple expresión de lo macrohistórico. La propuesta pretende develar los procesos que subyacen a la conformación de sujetos sociales, centrando la atención en los microdinamismos sociales que median entre individuos y estructuras macrosociales; es decir, el "movimiento molecular de la realidad, en el

que se entrecruzan muchos tiempos y espacios, donde lo necesario y lo casual coexisten y se articulan" (1992:12).

La incorporación de los tensionamientos dialécticos señalados entre los procesos de objetivación y subjetivación, entre lo dado y lo dándose, entre el presente y el futuro, entre lo individual y lo social, entre lo micro y lo macro, lleva a Zemelman a proponer un esquema analítico que involucra varios planos y niveles analíticos, los cuales no constituyen unos requisitos o momentos universales, sino unos criterios metodológicos para el abordaje de dinámicas históricas específicas.

Por un lado están los planos que articulan memoria y utopía en diferentes niveles de construcción subjetiva como son el plano de las necesidades, el de las experiencias y el de los proyectos; se refieren a campos de problemas que suponen diversas formas de relación de los individuos y colectivos con la realidad (1992: 13 y ss). Por el otro, están los niveles de lo constitutivo de estos nudos como son lo individual, lo grupal, la experiencia grupal, los nudos colectivos, la apropiación del contexto, los espacios de nuevas experiencias, las utopías y la transformación de utopías en proyectos (1997: 30 y ss).

1. El plano de la necesidad es el "substrato más elemental de articulación entre lo objetivo - la carencia, la escasez- y lo subjetivo - la percepción de las necesidades y las formas de solución, remite a la sustancia y a la reproducción social" (1992: 14). El mundo de las necesidades está articulado a la vida cotidiana y tiene dos fuentes de generación: la memoria y la utopía; las necesidades son sentidas cuando corresponden a un hábito cultural, a una costumbre o a una visión de futuro deseado.

2. La utopía o visión de futuro expresa la dimensión de posibilidad, el potencial de la subjetividad social, lo posible en el futuro; transforma el presente en horizonte histórico, pero no garantiza la construcción de nuevas realidades; condensa los imaginarios, los anhelos, los deseos del colectivo, más no garantiza la construcción de nuevas realidades. En efecto, dotar de sentido a las prácticas sociales no significa que se les confiera capacidad para construir opciones y viabilizarlas. Es sólo en el plano de la experiencia donde se puede reconocer la posibilidad de transformar la realidad.

3. La experiencia, entendida como el plano en el que se despliegan las prácticas colectivas, da cuenta de la objetivación de lo potencial, de la transformación de lo deseable en posible. Es en el plano de la experiencia donde puede reconocerse la transformación o construcción de la realidad. "La experiencia es la decantación como vivencia de un derrotero conformado entre determinados parámetros de tiempo y espacio que, desde el presente, puede abrirse hacia otros derroteros, según diferentes parámetros" (1996: 111)

4. Cuando se reconocen las opciones viables para asumir los problemas estamos en el plano de los proyectos. "El proyecto es la conciencia de construcción de historias futuras y el despliegue de prácticas para lograrlas" (1992: 14). Transciende

el plano de la necesidad para avanzar hacia la utopía de un modo consciente, pues los proyectos le imprimen dirección al movimiento constitutivo de lo social.

Dentro de este esquema encuadra perfectamente el concepto de prácticas propuesto por Palma (1994: 57), quien las concibe como "esas experiencias particulares en que las personas se enfrentan a su realidad provistas de un proyecto y actúan consecuentemente para moldear esa realidad de acuerdo con tal intención". Para éste autor, a través de la práctica, los sujetos se van construyendo en la historia.

En fin, necesidad, utopía y experiencia constituyen para Zemelman tres planos de análisis en cuya interrelación puede discutirse el problema de las subjetividades sociales. El sujeto se constituye en la medida en que pueda generar una voluntad colectiva y desplegar un poder que le permita construir realidades con una direccionalidad consciente; en este sentido, el sujeto puede ser entendido como el colectivo que potencia las posibilidades de la historia desde sus prácticas. Al trascender el marco intersubjetivo se entra al escenario político donde se definen y se confrontan opciones de futuro viables.

Zemelman también diferencia tres momentos de análisis que se refieren a las formas de constitución del sujeto. Estos son (1992: 17):

- El momento de lo individual, de lo familiar, de lo cotidiano;
- El momento de lo colectivo, de la identidad, del horizonte histórico compartido; pero no como agregado de individuos sino como espacio de reconocimiento común.
- El momento de la fuerza del proyecto con capacidad de desplegar prácticas dotadas de poder.

Estos momentos no son lineales; la idea de diferenciarlos es para reconocer el carácter de las diversas formas de articulación colectiva y sus posibilidades de construir poder. Así, lo individual, lo comunitario, lo regional son ámbitos de cohesión no excluyentes que dan cuenta de la múltiple dimensionalidad del proceso de constitución de lo posible.

En cuanto a los niveles de nucleamiento de lo social (que van desde lo individual hasta las grandes fuerzas sociales), vale la pena destacar que "la dimensión colectiva de los individuos no es una realidad dada en términos de una estructura social sino más bien una realidad que reconoce sus propias posibilidades de realidad objetiva, posibilidades que dependerán de la naturaleza del nucleamiento de lo colectivo (como puede ser la familia, la comunidad, la región, el tipo de unidad productiva, la estructura de clases)" (1996: 117)

La naturaleza de estas aperturas de subjetividad individual determina diferentes tipos de experiencias grupales; estas pueden alcanzar una amplia variedad como las relaciones de carácter instrumental, las relaciones de reciprocidad e incluso, de subordinación a la lógica de lo colectivo.

Cuestiones metodológicas.

Como hemos visto, el aporte de Zemelman a la comprensión de la constitución de la subjetividad y de los sujetos sociales no se queda en el plano epistemológico y conceptual, ya que en sus diferentes publicaciones, trabajos investigativos y exposiciones públicas se ha preocupado por señalar criterios y pautas metodológicas concretas en función de estudios específicos. A continuación trataremos de dar cuenta de algunas de ellas.

Como punto de partida establece que los planos y niveles de análisis no son lineales; la idea de diferenciarlos es para reconocer el carácter de las diversas formas de articulación colectiva y sus posibilidades de construir sujetos sociales. Así, lo individual, lo comunitario, lo regional, son ámbitos de cohesión no excluyentes que dan cuenta de la múltiple dimensionalidad del proceso de constitución de lo posible.

En la propuesta metodológica cada uno de estos planos y niveles está referido a universos de observación; dichos “observables” no deben considerarse aisladamente ni de un modo estático, dado el carácter relacional y cambiante de la realidad social. Como en el proceso constitutivo de sujetos sociales intervienen diferentes temporalidades, no sería suficiente hacer un único recorte temporal, sino que habría que abordar secuencias de observación en períodos más amplios que en algunos casos pueden abarcar la larga duración, como ocurre en la conformación de una clase social.

Otra dificultad en los estudios sobre sujetos sociales es la tendencia a definirlos sólo como productos históricos y no como productores de historicidad; metodológicamente esto obliga a volver complejas las coordenadas de observación, o sea, no quedarse en la manifestación empírica de sus prácticas, sino involucrar también el momento histórico y su capacidad de reconocer opciones de futuro y de darles viabilidad.

Para Zemelman es necesario distinguir varios planos en el recorte de observación para estudiar procesos de conformación de sujetos sociales, entre otros:

1. El nivel morfológico, que se corresponde con lo que propiamente es el nivel de enunciación de un tema con sus límites conceptuales, ya que éste, por definición, es difuso;
2. El nivel problemático, que se corresponde con la transformación del tema del sujeto en un campo problemático, en consecuencia, puede contener

diferentes modalidades de concreción del sujeto y por lo mismo es más dinámico que el primer nivel de observación;

3. El nivel de cierres conceptuales posibles del propio campo problemático, que se corresponde con la transformación del problema-sujeto en un objeto que refleje, lo más articuladamente posible, su naturaleza dinámica y multicausal.

En cuanto al uso de los aportes teóricos, Zemelman es enfático en señalar que la teoría debe subordinarse a los esfuerzos de construcción de los problemas de investigación. Si la realidad social es histórica, cambiante, compleja e indeterminada, no puede existir una teoría de valor universal a la cual deban someterse las singularidades sociales.

Más bien debe darse una adecuación de las teorías y sus conceptos constitutivos a la historicidad de los procesos concretos; pues “para un uso de la teoría que sea históricamente adecuado, debemos distinguir entre el pensar teórico y el pensar constitutivo del pensamiento teórico” (1996: 102). Es decir que en lugar de “aplicar” esquemas teóricos a las realidades objeto de estudio, de lo que se trata es de tener la capacidad de construir esquemas analíticos y categorías analíticas que sean pertinentes a la historicidad del problema.

Finalmente, una de las preocupaciones de Zemelman ha sido el incorporar otras formas de razonamiento y otros lenguajes diferentes a los provenientes de las ciencias sociales. Estas no poseen el monopolio de saber sobre lo social, y quizás la literatura, el cine o las artes plásticas tengan hoy mayor capacidad para captar las complejidades del mundo actual, y en lo particular, para dar cuenta de los procesos de constitución de la subjetividad y de los sujetos sociales. Veamos:

“Esta posibilidad de realidad que es el sujeto obliga a una relación de conocimiento que no se agote en los lenguajes denotativos en la medida en que entrañe contenidos más vinculados con los lenguajes connotativos, es decir, aquellos menos acotados y definidos, más abiertos a expresar múltiples significaciones. Lo anterior surge porque en el problema de los sujetos hay una doble realidad: la que es aprehensible conceptualmente (condiciones estructurales, formas organizativas, patrones de comportamiento, actitudes), y otra que no es aprehensible con la misma lógica (experiencias, memoria, conciencia, mitos); esta conjunción de realidades, que define una ampliación en los mecanismos de análisis, desafía a la conciencia cognoscitiva a construir una relación de conocimiento que sea más congruente en la representación de la realidad con esta complejidad” (1995: 14)

En síntesis, podemos plantear que el gran desafío epistémico y metodológico, que subyace a lo anteriormente expuesto, “consiste en poder subordinar las discusiones con significaciones cerradas (por ejemplo, el discurso ideológico, incluso el teórico) a un discurso de significantes que se oriente a captar la potencialidad de lo constitutivo para recuperar, frente a cualquier problemática

particular (la de los sujetos es una entre otras), el ángulo de lectura del movimiento constitutivo de realidades concretas” (1996: 129).

A MANERA DE EPÍLOGO

Como podemos ver, la obra de Zemelman ofrece una riqueza aún insuficientemente explorada, no sólo en el campo epistemológico donde aporta nuevas formas de razonamiento que representan en sí mismas nuevas lecturas de la realidad social, sino también en el campo de las prácticas sociales donde ha demostrado potencialidades insospechadas. Nos referimos, por ejemplo, al estudio de una comunidad real (1996: 77-95), trabajo de aplicación concreta en el que logra reconstruir las relaciones micro-macrosociales partiendo de las prácticas sociales del sujeto. En este caso desarrolla la categoría de *sujeto comunitario*, referida “a aquello de conjugar al hombre en su condición de ser histórico y la de sujeto con conciencia capaz de reaccionar” sobre la realidad en la que se constituye individual y socialmente. A partir de esto, pensemos en la necesidad de desentrañar en nuestro campo de acción específico, las maneras como se han ido conformando los sujetos de la educación en Colombia, o como se podría construir la categoría de *sujeto docente*.

De igual manera, podemos constatar cómo se ha ampliado la propuesta de Zemelman en la elaboración de un conjunto de trabajos, coordinados por él y publicados en el libro *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, los cuales configuran “un cuadro de inquietudes que son centrales, en cuanto apuntan a problemas posibles de ubicar en el espacio construido en la tensión resultante de las opciones definidas y de lo que es susceptible de potenciarse”; cuyo rasgo común, como signo que confiere especificidad a este esfuerzo, es que, “desde distintas temáticas y con argumentaciones que ofrecen muchos matices que los diferencian, se busca destacar los dinamismos constituyentes de las realidades, más que del producto explicado” (1995: 8-10)

El tema expuesto en este artículo, nos invita a ubicarnos en lo que el filósofo español Manuel Cruz ha llamado *Tiempo de Subjetividad* para referirse a la emergencia de un campo de conocimiento que exige nuevos abordajes, “a una trama de caminos por recorrer” que retan permanentemente nuestra creatividad y que “constituye para los hombres de hoy un genuino *espacio de intensidad teórica*”, donde lo importante no es lo alcanzado hasta ahora sino “lo que nos queda por pensar”. Cruz nos habla desde “... el convencimiento de que, con independencia de críticas y dificultades, la categoría de sujeto y/o la de subjetividad representa una *dificultad necesaria*, un ámbito teórico insoslayable a la hora de intentar arrojar algún tipo de luz sobre lo que nos ocurre” (Cruz, 1996:16).

Y también, como nos recuerda Zemelman: “Nos ubicamos – querámoslo o no – en un espacio de experiencia y de conciencia que resulta de la conjugación de una opción, producto de la voluntad de construcción inspirada por la presencia de una

utopía, y las potencialidades que hay que descubrir para activar el momento de nuestro presente” (1995: 8)

Esta primera aproximación al vasto paisaje zemelmaniano nos sitúa en un campo entrecruzado por muchos senderos si con esta expresión queremos aludir a una categoría de análisis o a un intento “por liberarnos de usos y costumbres que – por su misma inercia – debilitan nuestra fuerza para ver nuevas realidades... En esta perspectiva, cualquiera que sea la perdurabilidad de las soluciones alcanzadas a lo largo de la historia, la gran enseñanza de ésta reside en mostrarnos cómo la duda puede trastocarse en esperanza y que la esperanza se constituya en la fuerza que nos impulsa a ahondar en nosotros como sujetos” (1998: 169)

BIBLIOGRAFIA

- CALVILLO, Myriam y FAVELA, Alejandro. “Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica”. En: **Sociológica** # 28, UAM, México, 1995.
- CRUZ, Manuel. **Tiempo de subjetividad**. Paidós Básica, Madrid, 1996.
- CHANQUIA, Diana. “Para investigar procesos de constitución de sujetos sociales”. En: **Suplementos** # 45, Anthropos, Barcelona, 1994.
- GUATTARI Félix. “La refundamentación de las prácticas sociales”. En: **Letra Internacional** # 34, Madrid, otoño de 1994.
- IBAÑEZ, Jesús. **El regreso del sujeto**. Siglo XXI, Madrid, 1996.
- LEON, Emma. “La experiencia en la construcción del conocimiento social”. En: **Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina**. UNAM-Nueva Sociedad, Caracas, 1995.
- LUMINATO, Susana. “La función de los valores en el pensamiento filosófico latinoamericano”. En: **Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina**. UNAM-Nueva Sociedad, Caracas, 1995.
- PALMA, Diego. **La construcción de Prometeo. Educación para la democracia latinoamericana**. CEAAL. Santiago de Chile, 1994.
- ROMERO, Luis Alberto. “Los sectores populares urbanos como sujeto histórico”. En: **Proposiciones** # 19, SUR, Santiago de Chile, 1990.
- TOURAINÉ, Alain. **El retorno del actor**. Eudeba, Buenos Aires, 1986.
- _____. **Crítica de la modernidad**. Eds. Temas de Hoy, Madrid, 1993.
- _____. **Podremos vivir juntos**. FCE, México, 1997.
- ZEMELMAN, Hugo. **Uso crítico de la teoría**. El Colegio de México, México, 1987.
- _____. “Razones para un debate epistemológico”. En: **Revista Mexicana de Sociología**. Año XXIX # 1. México D.F., 1987.
- _____. **Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente**. Jornadas 111, El Colegio de México, México D.F., 1987.
- _____. **De la historia a la política. La experiencia de América Latina**. Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, México, 1989.
- _____. **Cultura y política en América Latina**. Siglo XXI y Universidad de las Naciones Unidas, México, 1990.
- _____. **Los horizontes de la razón. Dialéctica y apropiación del presente** (2 vols.). Anthropos y El Colegio de México, Barcelona, 1991 y 1992.

_____. "Educación como construcción de sujetos sociales". En: **La Piragua # 5**, CEAAL, Santiago de Chile, 1992.

_____. "Racionalidad y ciencias sociales". En: **Suplementos # 45**, Anthropos, Barcelona, 1994.

_____. "La necesidad de pensar y sus desafíos éticos". En: **Suplementos # 45**, Anthropos, Barcelona, 1994.

_____. (coord.) **Determinismos y Alternativas en las Ciencias Sociales de América Latina**. UNAM - Nueva Sociedad, Caracas, 1995.

_____. **Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento**. El Colegio de México, México, 1996.

_____ y LEON, Emma. **Subjetividad: umbrales del pensamiento social**. Anthropos, Barcelona, 1997.

_____. **Sujeto: existencia y potencia**. Anthropos, Barcelona, 1998.

